



El arte de contar cuentos

*Marie L. Shedlock*

Durante treinta y seis años, el libro de M. Shedlock ha sido una obra de referencia en el arte de la narración de cuentos. En la elección de los títulos para la lista de historias que acompaña a esta tercera edición han influido varias fuerzas y circunstancias: la obligación de que ésta reflejara los propios intereses de M. Shedlock, la necesidad de sugerir un material apto tanto para los principiantes en esta materia como para los narradores experimentados y la necesidad de recordar a los narradores y los editores de los numerosos libros de historias que están agotados.

Una revelación de la vida íntima que se establece entre los instintos infantiles y el arte consumado de la presentación dramática. Esta obra no está indicada sólo para el ámbito educativo, ni a los padres como padres, sino también a un público más numeroso que se interesa por este tema desde un punto de vista puramente humano.

# Índice

Prefacio

Introducción

PRIMERA PARTE - El Arte de Contar Cuentos

I. Los peligros de la narración

II. Principios básicos

III. Artificios para la narración de cuentos

IV. Elementos que se deben evitar al seleccionar material

V. Elementos que se deben incluir en la elección de material

VI. Cómo conseguir y mantener el efecto de la historia

VII. Lo que preguntan los profesores

SEGUNDA PARTE - Los cuentos

Sturla, el historiador

Una saga

La leyenda de San Cristóbal

Arturo y la caverna

Hafiz, el picapedrero

¡A su salud!

El gallo orgulloso

Snegourka

La ninfa

La rosa azul

Las dos ranas

El pastor sabio

Un ataque de pánico

El verdadero espíritu de un día festivo

Piedad filial

Tres cuentos de Hans Christian Andersen

El Porquerizo • El Ruiseñor • La Princesa y el Guisante

TERCERA PARTE - Una nueva lista de historias

Cuentos fantásticos

Hans Christian Andersen

Poesía y disparates

Historias de Santos

Mitos y leyendas

Cuentos populares

Libros recomendados sobre la narración de cuentos

## Prefacio

Marie L. Shedlock nació en Boulogne el 5 de mayo de 1854 y murió en Londres en enero de 1935. Quien haya tenido la oportunidad de escuchar a esta escritora contar algún cuento en inglés o francés no habrá podido olvidar la musicalidad de su voz, su cuidada dicción, sus inimitables ademanes ni, en definitiva, la pura magia con que era capaz de presentar un drama completo en miniatura.

«Personalmente, recuerdo el don de la señorita Shedlock para contar historias al igual que la forma de cantar de Patti, la manera de actuar de Edwin Booth o la forma de tocar el piano de Paderewski; pero no hay nada con lo que pueda comparar la encantadora personalidad y la intensa cordialidad de Marie Shedlock» declaró en cierta ocasión Emma L. Johnston, directora durante muchos años del Centro Maxwell de Formación de Profesores en su colaboración para el número de *The Horn Book* dedicado al arte de contar historias publicado en mayo de 1934 en conmemoración del ochenta cumpleaños de Marie Shedlock. Los niños de los Estados Unidos y Canadá lo llamaron el Día del Hada Madrina porque para ellos ha sido y será una verdadera hada madrina, cuyo regalo para con ellos consiste en las sesiones de cuentos que conocen y adoran.

«Siento lo mismo por una nación que por otra» escribió Marie Shedlock desde Londres al comienzo de la guerra en 1914. «Acabo de concluir mi libro, en el que he recogido todo lo que me parecía oportuno rescatar de mis conferencias a los profesores de América e Inglaterra. ¿Encontraré algún editor americano interesado en él? Su pregunta obtu-

vo respuesta cuando viajó al año siguiente a Nueva York y el difunto William W. Appleton leyó el manuscrito y disfrutó de su sentido del humor y su estilo directo. El señor Appleton fue el primero que editó *Alicia en el País de las Maravillas* en los Estados Unidos. Estaba muy interesado en los cuentos como medio para estimular el amor por la lectura. Como fideicomisario de la Biblioteca Pública de Nueva York, era un asiduo y siempre bien recibido asistente a las sesiones de cuentos que se celebraban en las sucursales de ésta.

En 1915, la señorita Shedlock realizó una visita de seis meses en respuesta a la petición urgente de cincuenta personas dedicadas a contar historias a las que ella misma había introducido en este campo, alentados por algunas comisiones representativas de mujeres de Nueva York y Boston. Permaneció en los Estados Unidos y Canadá durante cinco años y tuvo el placer y la satisfacción de contemplar los frutos de sus primeras visitas.

Se alegraría al comprobar que *El Arte de contar Cuentos*, treinta y seis años después de su primera publicación, se sigue considerando la mejor obra sobre dicha materia.

Tantos años de cambio, de progreso y verdadero desconcierto en el mundo de la educación no han debilitado la fe que Marie Shedlock tenía en el cuento como introducción natural a la literatura, ni el paso del tiempo ha podido oscurecer la sabiduría que encerraban sus claras observaciones, sus acertadas sugerencias y su intuitiva comprensión de los niños y la infancia.

Como estudiante durante toda su vida de la literatura, tanto del mundo oriental como occidental, Shedlock fue completando constantemente un repertorio de historias de extraordinaria calidad y variedad. Poseía un talento especial para configurar un programa apropiado para un público compuesto por niños o por adultos y hasta el último año de su vida se mostró receptiva ante los nuevos hallazgos entre las historias o las nuevas traducciones de su gran maestro

Hans Christian Andersen, siempre que no se pusiese en peligro la integridad de los cuentos que interpretaba con tanto talento.

«Estoy convencida de que su obra perdurará. ¿Qué más puede decir un artista a otro?», escribió Marie Shedlock en el borrador de la primera edición americana de 1915 de *El Arte de Contar Cuentos*, con la que obsequió a Anna Cogswell Tyler en reconocimiento por su labor como organizadora y supervisora de las sesiones de cuentos de la Biblioteca Pública de Nueva York desde 1908 hasta su muerte, en 1923.

Anna Cogswell fue sucedida por Mary Gould Davis, que había sido alumna y colaboradora de Tyler durante muchos años. Desde que se jubiló de la Biblioteca Pública en 1945, Davis ha continuado enseñando y practicando el arte de contar historias por todo el país.

En memoria de Tyler evoco las palabras de Marie Shedlock de 1915 para la tercera edición de un libro en cuyo lanzamiento compartimos la responsabilidad editorial. Por su sentido común, su talento y sabiduría, Tyler le estuvo, al igual que yo, eternamente agradecida en nombre del futuro del arte de narrar historias.

ANNE CARROLL MOORE Nueva York, 1951.

## Prefacio a la edición original

Algún día dispondremos de una ciencia de la educación equiparable a la medicina, pero incluso cuando llegue ese día, el arte de educar continuará siendo la inspiración y la guía de los buenos profesores. Se delimitarán las leyes que rigen nuestro desarrollo físico y mental, pero los impulsos

que hacen que cada generación intente a su manera extraer todo el jugo de la vida deben ser aún interpretadas por los artistas que, con la sabiduría que otorgan los años, no han perdido la mirada clara de los niños.

Hace algunos años, tuve la oportunidad de asistir a una sesión de historias de Marie Shedlock en Inglaterra. Su agudo sentido de los valores literarios y dramáticos, su don exclusivo para la interpretación, siempre contenida en los límites del arte, así como su comprensión de los valores educacionales basados en una vasta experiencia docente, la convertía en una artista en el ámbito de la narración. Le resultaba igual de fácil interpretar la sutil mezcla de talento y sabiduría de Daudet, la filosofía popular de los hermanos Grimm o el pensamiento más profundo y el conmovedor encanto de Hans Christian Andersen.

Más tarde viajó a América y durante dos o tres años se dedicó a enseñarnos la diferencia que existía entre el ruiseñor que cantaba en las copas de los árboles y el pájaro artificial que funcionaba al darle cuerda. Ciudades como Nueva York, Boston, Pittsburgh y Chicago han asistido a su encanto universal y los niños han comprobado que las noches de Arabia se hacían realidad.

Cediendo a las peticiones de sus amigos en América e Inglaterra, Shedlock ha reunido en esta pequeña obra las observaciones y sugerencias sobre el arte de contar historias que se pueden expresar con palabras. Aquellos que posean el genio del artista sentirán que se aviva su espíritu con sus palabras y podrán alejarse de los errores que incluso los grandes artistas pueden cometer. Incluso aquellos que componen historias en su mente encontrarán en estas páginas sabias indicaciones nacidas de una amplia experiencia y un estudio profundo que harán que la canción de un ruiseñor artificial suene menos mecánica. Para aquellos que están familiarizados con el tema, el libro supone una revelación de la relación íntima que se establece entre los instintos infantiles y el arte consumado de la presentación



dramática; para los que se acercan por primera vez, les traerá ecos de la pura realidad.

EARL BARNES Philadelphia, 1915

## Introducción

El arte de contar cuentos es uno de los más antiguos del mundo y la primera forma consciente de comunicación literaria. En Oriente perdura aún y no es extraño encontrar un grupo de personas reunidas en una esquina de la calle por el simple placer de asistir a una narración. En Occidente hay indicios que sugieren un interés creciente por este arte ancestral y puede que vivamos lo suficiente para asistir al renacimiento de los trovadores y juglares, cuyo encanto rivalizará con el del orador callejero o el político ambulante. Uno de los signos más certeros de la fe que se tiene en el poder educativo de los cuentos es su inclusión en el currículo de las facultades, así como en las clases de educación primaria y secundaria. En el período justo en el que la imaginación es más viva, la mente se encuentra libre de acumulaciones de hechos y datos, las historias provocan sensaciones más intensas y se retienen durante más tiempo.

Es de esperar que, algún día, se encarguen de narrar cuentos en los colegios sólo personas expertas que dispongan de una formación especial en este arte. Sería una gran falacia suponer que el estudio sistemático de la narración de cuentos destruye la espontaneidad en la exposición. Gracias a mi vasta experiencia he descubierto que ocurre justamente lo contrario: sólo cuando se han superado las dificultades mecánicas se puede uno dejar llevar por el interés dramático de la historia.

Cuando hablo de un narrador experto no me refiero a un orador profesional; puede que esta denominación se haya asociado erróneamente con personas que se golpean el

pecho, se tiran del pelo y declaman episodios espeluznantes. Hace una década o más, existía este tipo de rapsodas de salón que se convirtieron rápidamente en la pesadilla de toda reunión social. La diferencia que existe entre este recitador afectado y el simple narrador de cuentos queda, probablemente, mejor reflejada en la inmortal historia del *Ruiseñor* de Hans Christian Andersen. El emperador había ordenado que el ruiseñor real y el artificial uniesen sus fuerzas e interpretasen un dúo ante la corte. Pero éste resultó desastroso y mientras que el ruiseñor mecánico interpretaba por trigésimotercera vez su solo, el ruiseñor verdadero escapó por la ventana y volvió al bosque (el verdadero artista busca instintivamente el entorno apropiado). Sin embargo, el director de la banda, símbolo del pedagogo pomposo, declara en un intento de calmar los sentimientos ultrajados del auditorio: «Ya ven, damas y caballeros y, sobre todo, su Majestad Imperial, como con el ruiseñor real uno nunca sabe lo que va a escuchar pero con el artificial todo está fijado de antemano. Así es y así debe continuar; no puede ser de otra forma».

Con el recitador afectado y el simple narrador ocurre lo mismo que con los dos ruiseñores: uno se preocupa de exhibir su mecanismo, mostrar «cómo suena la melodía» mientras que el otro se preocupa más de ocultar el verdadero arte. El secreto de una buena narración está en la simplicidad, pero (y aquí es donde falla la comparación con el ruiseñor) se trata de una simplicidad que se consigue tras mucha preparación y control de uno mismo, tras un trabajo arduo para superar las dificultades que conlleva la representación.

No defiendo con esto que no existan narradores natos que sean capaces de mantener la atención de un auditorio sin una preparación previa, pero se trata de una minoría tal que podemos obviarlos en estas consideraciones generales, dado que la presente obra está dirigida al tipo de narrador más habitual, que desea hacer el mejor uso posible

de sus habilidades dramáticas y es a éste al que le rogaría que se preparase a conciencia antes de contarle un cuento a un grupo de niños si desea, claro está, conseguir los sorprendentes efectos de los que hablaré más adelante. Sólo que esta formación debe ser de naturaleza menos estereotipada que la que reciben los oradores ordinarios en su preparación.

Hace algunos años, durante mi estancia en América, me pidieron que redactase una serie de conferencias con mis consideraciones con respecto al valor educativo de la narración de cuentos. De repente, se apoderó de mí la inspiración y comencé a albergar el sueño de pasar largas horas en el Museo Británico, la Biblioteca del Congreso en Washington y la Biblioteca Pública de Boston (y ésta es la única parte del sueño que se ha cumplido). Planeé un elaborado esquema de trabajo de investigación que iba a desembocar en un tratado filológico magnífico (si no rancio). Imaginé que trataría de descubrir mediante una investigación concienzuda qué tipo de nanas cantaban las madres egipcias a sus bebés y cuáles eran los poemas infantiles que estaban de moda entre las niñeras asirias y que quizás sirvieran de prototipo para «Little Jack Horner», «Dickory, Dickory, Dock» y demás clásicos infantiles. Pretendía completar el estudio de estos documentos antiguos con un apéndice de variantes modernas que mostrase el progreso, si es que existe, que ha tenido lugar en las naciones actuales.

Pero un día recordé inesperadamente una escena de *Plaideurs* de Racine, en la que el abogado defensor, ansioso por hacer alarde de sus conocimientos, comienza su discurso de la siguiente forma: «Antes de la creación del mundo...» a lo que el juez, con un toque de hastío templado por cierto humor, sugiere: «Pasemos directamente al Diluvio Universal».

Por eso y también «he pasado directamente al Diluvio» y he abandonado el informe sobre el origen y el pasado de las historias que, como mucho, lo único que habría puesto

de manifiesto es un compendio de conocimientos recientemente adquiridos. Cuando pienso en la cantidad de eruditos que podrían tratar este tema infinitamente mejor que yo me doy cuenta de lo sensato que es, aunque también pueda resultar más tedioso, trabajar con las posibilidades actuales que la narración de cuentos ofrece a nuestra generación de padres y educadores.

Mis objetivos al recomendar el uso de los cuentos en la educación de los niños son, al menos cinco:

En primer lugar, proporcionarles gusto por lo dramático, para lo cual tienen una natural inclinación; desarrollar en ellos el sentido del humor, que en realidad se trata del sentido de la proporción; corregir ciertas tendencias mostrándoles las consecuencias en el ejemplo del héroe de la historia (de lo cual los niños suelen ser bastante inconscientes y no se le debe dar énfasis didáctico); presentarles en forma de ejemplo, y no de precepto, los ideales que tarde o temprano se transformarán en acciones y, finalmente, contribuir en el desarrollo de su imaginación, lo cual incluye, en realidad, el resto de los puntos.

Pero el arte de contar cuentos no está indicado sólo en el ámbito educativo ni a los padres como padres, sino también a un público más numeroso que se interesa por este tema desde un punto de vista puramente humano.

En contraposición con el grandioso esquema que me había propuesto en un principio, ahora simplemente presento ante todo aquel que esté interesado en el arte de la narración las experiencias prácticas que he adquirido en mis viajes por América e Inglaterra.

Espero que mis lectores saquen provecho de mis errores, mejoren mis métodos y contribuyan, con ello, a lograr el resurgimiento de un arte casi perdido.

En la obra *Defensa de la poesía* de Sir Philip Sydney encontramos las siguientes palabras:

«En verdad, he llegado a vosotros con un cuento que ha hecho que los niños dejen de jugar y ha alejado a los ancianos»

nos del rincón de la chimenea y no he pretendido otra cosa que apartar la mente de la maldad y acercarla a la virtud, aunque a menudo se procure que los niños tomen las mejores cosas ocultándolas con otras que tengan mejor sabor».

MARIE L. SHEDLOCK Londres, 1915

**PRIMERA PARTE**  
**El arte de contar cuentos**